



EL DELIRIO QUE VIENE DE LAS NINFAS  
Debret Viana  
TXT MENOR, 5/2018

Toda mi vida sentimental es órfica. Siento la presencia de quien no veo, y amo esa cercanía. Y cuando me doy vuelta para buscarla, para mirarla a los ojos, para decirle hola o te amo o vayamos a tomar un café y hablar un rato o dónde estuviste todo este tiempo en que estuve esperándote y naufragando a la vez, no había nadie.

Pero no, dejémoslo para después. Todo queda después: allí pende el universo. Todo lo desencontrado hallará su sitio en la postergación infinita. O poco después. En lugar de eso, hablemos de Djuna.

Djuna. La *d* silenciosa se resbala desde una nada que casi casi no existe pero está ahí, la lengua hace pie en la *d* callada para propulsar el *ju* y luego el *na*, como luna o como duna, pero no. Djuna. Amo su *d* silenciosa, su estar y no estar ahí: hay que producir su silencio para dar lugar a Djuna, que nace no de la realidad, no de los hombres sino de ese vacío que hay que erigir en medio del bullicio para que emerja ella, Djuna, venida de la nada, parida por el aire detenido y por la voz suspensa.

El enrarecimiento de la habitación después de expirar el nombre.

La coyuntura de la realidad tiembla: el nombre invoca las pestes de los lupanares y se arremolinan los demonios del cadalso mientras el viento de la caverna del paladar urde los sonidos que la invocan.

Djuna.

Casi como Cthulhu, pero no.

Me desconcierta, tantas veces su adultez. Sea eso lo que fuere, presente y desencarnada en un cuerpo de 16 años, me hace sospechar que la infancia es una prehistoria para ella. Algo lejano, sin asidero.

Djuna sufre, sin embargo, raptos de un infantilismo pueril y ruidoso. Y ahí vuelve a ser de repente una niña, con sus pataleos y sus caprichos, su fragilidad y su naiveté.

Temo de la niña, y me pregunto si no será esa adultez un fantasma que solo yo veo para cubrir mi "transgresión".

Mi amor era desesperado, porque no tenía esperanzas. El de Djuna, con su violencia y su vértigo, era un océano voraz, sereno e inagotable. Capaz de absorber cualquier cosa que cayese en él.

Es inevitable el retorno a *Lolita* (quien sabe hasta qué punto esa novela es responsable de que Djuna se haya fijado en mi).

*Lolita* es una tragedia del deseo. Todos mueren.

Es necesario para que pueda contarse la historia.

Ya no queda nadie para cargar con su moral. No hay sobrevivientes a la ocasión demoníaca de la nínfula (no de Dolores en sí, claro: ella tiene poca culpa de todo lo que pasa: todos son imprescindibles para que la trama ocurra).

Mientras Djuna goza con el vértigo y el candor de la primer parte de la novela, yo sufro el advenimiento del horror de las últimas páginas. Mi predisposición a la tragedia me vuelve precavido y temeroso.

Pero la tragedia no ocurre nunca.

O más bien ocurre otro tipo de tragedia.

Una en la que quedan todos vivos, y tienen que cargar con lo que han hecho, o con la insignificancia del universo. Las únicas tragedias verdaderas. El resto es literatura.

En la más terrible y verdadera intimidad de mí mismo, allá donde no tengo más remedio que ver lo que soy, sé que no dejé a Djuna por pudores morales.

Sentí algunas veces, estando en público, el malestar de la mirada de algún transeúnte. Eso fue todo.

No vi error ni maldad en mí, ni en lo que hacíamos Djuna y yo.

Era natural. Ese era el impulso que vertía de mí.

¡Cuántas razones daba la propia cultura para desear a una adolescente!

Y sin embargo, la dejé. Y si me interrogan puede que diga que era porque estaba mal, o porque era impráctico (sus libertades eran tan pocas, eran las libertades del infractor, siempre había que tener un pie en la realidad, vigilando si venían por nosotros), o por la ridícula ley, o por un montón de motivos, como le dije a ella, para que pueda vivir cosas más acordes a su edad, con sus pares, para que no se prive del tedioso privilegio de ser normal, como si la edad no fuese siempre algo personal en lugar de un evento del calendario.

Pero mentí.

O más bien ofrecí una versión no falsa y magnificadamente benigna de mí mismo, que sin ser una impostura, tampoco era del todo cierta.

Tuve un sueño. Una pesadilla.

Por eso la dejé. Entre en pánico.

No fue un sueño atemorizante, intricado, oscuro. Tal vez no se lo pueda llamar sueño exactamente. Fue una memoria.

El sueño trajo un recuerdo y me lo arrojó a la cara. Ni siquiera un recuerdo mío, en el sentido de algo vivido por mí, de alguna cosa que me hubiese pasado a mí. Fue algo que leí.

Y dónde lo pude haber leído sino en *Lolita*.

Ahora bien, yo siempre me supe líneas, párrafos enteros de *Lolita*. Ella también. Amaba esa novela. Djuna siempre estaba llena de citas de *Lolita* y las pronunciaba en perfecto inglés, afectando un acento escocés, irlandés, londinense, el que fuese, el que le viniese en gana según la teatralidad del momento o según cuánto yo le rogase porque descubrí en ella todo lo que me excitaban las inflexiones de la voz en los diferentes acentos: era para mí más erótico aun que ver a una mujer desnuda.

*Lolita* era un texto que vivía con nosotros, como otros amantes tienen un puñado de canciones que los evocan, y que siempre serán para cada uno la banda sonora de ese tiempo que estuvieron juntos.

Sin embargo, aun cuando recorriamos una y otra vez *Lolita*, una parte nunca emergió. Una parte no recordé nunca, y cuando la soñé tuve que buscarla para verificar si era cierta y cuando encontré las palabras en las páginas mi horror se hizo carne como un niño que escucha un ruido extraño debajo de la cama y se agacha y mira y encuentra.

Es sencillo, y no tiene nada de fantástico.

Dolores muere.

Todos en *Lolita* mueren.

La narración comienza solo cuando están todos muertos.

Pero todos me importan poco, aunque el texto está lleno de pistas proféticas que sería inocente obviar. Dolores muere en el parto. Muere en la navidad de 1952 al dar a luz a un niño muerto.

Eso me hirió. No necesité mucho más.

Me paralicé, mis ojos se abrieron enormes sin ver nada, y sentí cada cosa caer de golpe en su sitio.

Las nínfulas existen, y por algún desperfecto divino aman a los hombres. Hombres mayores, feos, difíciles de amar.

Los aman con una potencia pura. Son lumínicas y conceden a esos hombres unos instantes del edén más excelso y más prohibido - como todo todo todo lo que vale la pena.

Pero cuando vuelven al mundo, algo dejaron del otro lado. Algo irrecuperable. Cuando son mujeres, acarrear con ellas algo irreparable.

El trato con los hombres es atroz, severo, cruel. Cuanto antes comienza, antes te rompe. Y no pueden traer al mundo más que algo muerto. No puede nacer de ellas nada salvo algo apagado y podrido y seco.

Porque toda la luz la dieron o les fue robada o pudo crecer en ellas porque fueron flores forzadas a salir al mundo antes de tiempo, aun débiles y en plena tempestad.

Solo dan al mundo algo muerto. Algo que viene muerto.

Y aunque ese evento de la novela no fuese tal vez otra cosa que una moral tardía, que una mala conciencia del propio Nabokov, que una advertencia a los que adolecen de ninfolepsia, sentí que yo era parte de esa iniquidad.

Que le estaba arrebatando algo a Djuna, algo sagrado, algo que aún no había terminado de ser parido en ella.

- Mi nombre no rima con nada. Por eso nadie nunca le hizo un poema a una Djuna.
- Claro que rima.
- No.
- Acabás de hacer una rima vos misma. Djuna y una.
- Bueno, pero fue sin querer.
- Djuna, una, duna, luna.
- Es poco, no da para poema.
- Runa, puma, alguna, sunga, atuna
- ¡Atuna no es una palabra!
- Es el femenino de atún. Incluso te sienta bien.
- ¿A mí? ¿Me estás diciendo que huelo?
- Zumba, pumba, punga, cuna.
- ¡Ja! ¡Cuna! ¡Justo vos! ¡Robacunas!
- Pluma, uva, UBA, uña.
- Bueno, ya está. Ya entendí. Hay.



- Perruna...medialuna

- ¡Basta! Además, te olvidaste de decir puta.

- Puta no rima.

- La podemos hacer rimar...

-¿Cómo podríamos hacer algo así? - quise preguntar, pero ya me estaba demostrando lo que dijo.

Pero, ¿fue amor? ¿Por qué no? ¿No puede haber sido estúpido y también haber sido amor?

Si pudiese decir que fue amor todas las estupideces que hice tendrían sentido.

Un sentido estúpido, claro. Pero quedarían amparadas bajo la tradición del amor, que enmarca los sucesos en un cierto heroísmo.

Un heroísmo imbécil, por supuesto, que no significa nada salvo que fui débil y caí en el abismo donde rumiaba algo que me faltó desde que me supe incompleto.

Era un trabajo de equipo. Yo conseguí las entradas y ella le mintió a sus padres. Fabricó una pijamada semi imaginaria: la pijamada existía, pero ella estaría en el teatro conmigo. Terminada la función, yo la iba a llevar a la casa de su amiga, Djuna se integraría a pijamada: nadie habría salido dañado

Ella quería estudiar teatro, con lo que la invitación me parecía oportuna. No dejé ningún detalle al azar. No era fácil sacar a Djuna a eventos sociales. No se comportaba bien.

- Perdón, es que estoy hormonal - se disculpaba Djuna después de haberme agarrado de las bolas, o mientras guardaba la teta que subrepticamente había liberado.

Era tierno, pero era peligroso.

Por eso elegí el Cervantes. Un teatro inmenso, difícil de colmar, con mil recovecos oscuros. Pagué el palco del tercer piso: lo más íntimo que puede lograrse en un teatro de Buenos Aires. Abrís la última puerta del pasillo, y entrás a una pequeña salita de espera, en la que solo entra un antiguo taburete alcolchado para dos personas. La oscuridad es perfecta. Hay un cortina, gruesa y bordó, como las de Twin Peaks. Las abrís, y ahí hay dos sillas, una para Djuna, una para mí. Es un ángulo poco frecuente para apreciar una puesta, pero también es como estar solos.

- Nunca me sacás a ningún lado - me había reprochado Djuna.

¡A dónde iba a sacarla! Le expliqué lo que ella ya sabía: era peligroso. Pero Djuna sabía que era peligroso solo para mí, y anhelaba que yo corriese riesgos. Si bien creo que se encandilaba con los besos furtivos y los aprietes ilícitos que acometíamos en lugares públicos, estoy convencido de que era mi sufrimiento lo que más la divertía.

No había confabulado con fines perversos la salida al teatro. El plan era necesario para evitar el escándalo. Djuna iría vestida como la chica salida del colegio

que era, y si bien no hubiese sido arduo hacerla pasar por mi hija o mi sobrina, pero el demonio que habitaba su cuerpo y movía las llamas del incendio que la contenía.

El Cervantes constituía una precaución.

Nos encontramos en la librería Hernández, en calle Corrientes.

Djuna se presentó con dos subversiones consecutivas.

Fue primero una suave mordida en mi cuello cuando yo estaba de espaldas y aún no la había visto.

Fue luego verla y notar que no estaba vestida como la chica salida del colegio que era, sino que estaba vestida de colegiala.

- No deberías haber venido con esa ropa - le dije.

- ¿Por?

- Sos una perversa.

- Vos sos mi perversión - dijo mi Djuna y se mordió el labio inferior.

Caminamos rodeando Tribunales. Qué ironía. Djuna estaba contenta, sonreía de oreja a oreja, brillaba, como una niña a la que estuviesen llevando a un parque de diversiones.

- Todavía no hice la tarea hoy. ¿Me podés ayudar? - me dijo.

- Estoy un poco desactualizado, Djuna. ¿De qué materia?

- Educación sexual, profe - dijo y se puso abajo de mi brazo, forzando el abrazo alrededor de su cuello, y arrastrando mi mano hasta colocarla

- ¡Djuna! Es de día. Está lleno de gente.

- No sos divertido.

- ¿Vos querés ser actriz? Tomá esto como un trabajo práctico. Acá, y en el teatro nos comportamos como padre e hija.

El puchero en su rostro daba ahora lugar a una nueva luz. Donde había juego Djuna se entusiasmaba.

- ¿Qué obra vamos a ver, papi?

No les puedo explicar, señores del jurado, la carga bestial, derrumbadora de dioses, satánicamente criminal que puso al tono con el que dijo la palabra “papi”.

- Es una obra de Spregelburd. Es larga, pero vale la pena que veas una puesta osada y completa en el teatro. Aun cuando puede que parezca no tocar temas que te atraigan, es algo que nunca viste antes.

- ¿Por qué, papi? ¿De qué trata?

- De la guerra civil española., y de la creación de un lenguaje.

- Puffff, que embole.

- Pero no trata sobre eso.

- ¿Y de qué trata entonces?

- La tenés que ver y sacar tus propias conclusiones - argumenté, como un posmoderno que entre las artes al perspectivismo banana - Y dejá de decirme papi.

- ¿Te molesta el papi, papeh? ¿Eh, paaaapi? ¿No eramos papi e hija hoy, papeh? Ay, papi, ¡comprame un chupetín, papi! Si no no voy a tener nada para chupar, papi... Dale, papito... no seas así con su hiji...

¿Ven lo que digo? Djuna siguió jugando, colocando la palabra papi en cuanta oración hubiese, torciendola y deformandola hasta el paroxismo, pero aun cuando ya parecía un sonido vacío que no remitía a nada, aun así ella lo hacía sonar con una carga erótica sobrehumana.

Traté de callarla, de teparle la boca, llegué a hacerle cosquillas para que se calle. Todo era para Djuna parte de un desafío que ella encontraría la manera de redoblar

Apuré el paso, puse mi mejor cara de padre, cruzamos Córdoba y entramos en el Cervantes. El palco privado había sido la decisión más sensata de mi vida.

El acomodador nos llevó con una linterna a través de escaleras semi oscurecidas, luego por un largo pasillo curvo, hasta llegar a la última puerta. La abrió, nos dió dos programas, le di diez pesos, y la puerta se cerró a nuestras espaldas.

La cortina estaba cerrada. Apenas se distinguía el pequeño sillón.

- ¿A dónde me trajiste? - susurró Djuna.

Después se subió arriba del sillón bordó y se puso a saltar como si fuese una cama elástica.

-¡Es un telo! ¡Me trajiste a un telo, papi!- estaba eufórica.

- Shh. ¿Cómo te voy a llevar a un...? Esto es un teatro, Djuna - le dije y me saltó encima, era un puma, una tarántula, un velociraptor: me hizo chocar contra la pared, se me colgó del cuello y me besó, tenía sus piernas alrededor de mi espalda, como una toma de karate sensual.

Eran besos furiosos, miles, brusco y sonoros, como succiones desaforadas, como si me mordiese con pasión, como un zombie famélico rapiñando mi boca y mi garganta.

¿No son así los espejismos que conducen al precipicio?

Una voz por parlantes anunció que la obra estaba por comenzar, y que era recomendable que apagáramos nuestros celulares. No fui yo sino la curiosidad la que detuvo la pasión amorosa de Djuna, que abrió las cortinas y se lanzó al borde de la baranda. Me senté a su lado, y le acerqué una silla. La hice sentar acomodando su cuerpo con mis manos: Djuna estaba hechizada por el escenario, aun cuando todavía no pasaba nada.

- Me encanta. ¡Me encanta! - repetía una y otra vez.

- Todavía no empezó - le dije.

- ¡Me encanta igual! Me encanta este teatro! ¡El techo, las butacas... mirá ese telón, es enorme! ¡Me encanta todo! - eufórica como estaba parecía una niña, pero claro, ¿acaso no lo era?

¿No era este su estado natural, ingenua, deslumbrada, un poco tonta, y lo otro, lo que ocurría conmigo, una máscara que se imponía para intentar estar a la altura de mi supuesta adultez?

- Es para vos - dije en una muestra de altruismo desmedido; no hay acto tan desesperado como el de dar lo que no se tiene.

- Gracias - dijo Djuna; pudo haber sido sarcástica o forra, pero dijo gracias con dulzura y me abrazó.

La obra era larguísima.

El palco en el que estábamos nos obligaba a una contorsión que, si la tortícolis fuese un espíritu, esa posición era el conjuro para convocarla.

Djuna, que estaba sentada en el asiento más cercano al escenario, me pidió de cambiar lugares. Le dolía la espalda de estar arqueada y en mi asiento podía reclinarse contra el costado del palco.

Nunca me hubiese negado a un pedido tan sensato, pero lo dijo de tal manera, con un tono tan felino y tan delicado, que no dio lugar a ninguna otra cosa salvo la ejecución inmediata de su solicitud.

Spregelburd ahí abajo estaba reinventando el teatro.

Lo que se presentaba como una obra sobre la guerra civil española sutilmente devenía en el deseo delirante del protagonista por construir un lenguaje nuevo y total, algo que todo el mundo no solo pudiese hablar, sino que, sin saberlo, ya hablaran.

El mecanismo era la simpleza total.

Pero eso no era todo. La obra ocurría en una casa. Y el escenario giraba. Según cómo se colocaba veíamos la sala de estar, o la habitación de la hija, o el jardín. La obra transcurría en simultáneo, o mejor dicho, tres veces.

Veíamos lo que pasaba en la sala de estar, luego la escenografía giraba, y veíamos lo que había pasado en la habitación de la hija mientras vimos la sala de estar, en el mismo tiempo.

A veces la escenografía se inclinaba un poco, y nos dejaba ver por donde iba lo que ya vimos. Era un trabajo de relojería endemoniado.

Por eso quería que Djuna lo viese. Era algo único en el teatro argentino, no solo por la complejidad del texto, sino por haber logrado una puesta inusual, ardua, inconcebible.

Me parecía que algo así podía tocar, cambiar, ascender a un adolescente, como leer a Cortázar o Rimbaud en el secundario, o la primera vez que ves algo de Fellini o de Bergman.

El pie descalzo de Djuna se apoya sobre mi pierna. Lo tomo entre mis manos.

Sigo la obra: si bien ya la había visto, es apasionante, es inabarcable. Mientras ocurre la escena en sí, en los márgenes hay movimientos, acciones, leves posicionamientos de los demás personajes que cuentan otra obra, o complejizan la que ocurre en el plano central.

Si bien había logrado pescar por el rabillo del ojo algo de todo lo que pasaba, me fue imposible asimilarlo la primera vez, y ahora estaba subyugado por ese otro relato, que crecía en los rincones y que pasaba como si no estuviese ahí, pero que enrarecía la trama, y creaba un sistema narrativo como yo no había visto nunca en el teatro.

No hay caso: nada se asimila, nada se comprende la primera vez.

¿Se comprende algo del todo en algún momento?

¿Cuántas vueltas hay que darle? ¿Cuántas veces hay que ver el replay?

El pie de Djuna temblaba, ¿o vibraba? entre mis manos.



Me giré a verla, pensé que me llamaba con su piecito, que sus pequeños movimientos eran para mí.

Pero no: yo era accesorio.

Djuna solo necesitaba un testigo para que lo que estaba haciendo fuese real.

¿Y saben qué estaba haciendo mi Djuna?

Soy un hombre triste. Mis placeres son modestos.

El mundo que yo había atestiguado no era capaz de producir algo así. Y yo estaba bien con eso. Yo no necesitaba más que un poco: un acceso modesto a una belleza modesta, una pareja monótona, un puñado de certezas banales, cierta previsibilidad, lejos de la gloria, sí, pero lejos también de los tornados y los volcanes despiertos.

Yo no pedí esta platea al espectáculo sublime del apocalipsis.

¿Para qué quiero esta experiencia de la magia si no yo puedo ni voy a poder nunca hacer magia?

¿Sabes lo que estaba haciendo mi Djuna?

No, no pueden imaginarlo. ¿Cómo podrían?

Su otra pierna estaba sobre la baranda. Sus rodillas flexionadas dando paso a una abertura obscena. En el piso distinguí, más tarde, su bombacha celeste.

Tenía la concha abierta.

Me apuntaba con la concha.

Se pasaba los dedos con una velocidad hiriente.

Gemía. Suave, silenciosa, y me miraba, sus ojos ardían y me desafiaban

¿A qué? No sé: a no morir ahí mismo.

- ¿Qué hacés? - susurré inútilmente con un tartamudeo infantil que daba cuenta de que ya había perdido cualquier autoridad posible.

La voz delata. La voz es más importante que las palabras.

No importa qué se diga. Sin el tono, no funciona.

Y yo soy ahora una voz quebrada, graznidos de apestado, la respiración del herido de una muerte lenta. Lo que digo no vale nada.

O se vuelve contra mí.

No puedo sostener lo que dicen mis palabras: mi voz me delata. Djuna triunfa en cada resquebrajamiento de mi voz, peldaños cada uno para ella, con los que escala sobre mí. Planta su victoria y avanza, hacia una nueva forma de sepultarme un poco más profundo junto a la podredumbre de una carne mía que yo había dado por muerta, pero que trepaba por mi espalda sin que yo lo supiese.

Djuna se masturbó durante veinte minutos.

La escuché acabar como a una tormenta en suspenso.

No pude ver más la obra. Ella era el centro de todas las cosas.

No pude sentir mi cuerpo tampoco, ni tener una noción sobre la realidad.

Djuna ocurría en lugar de mi cuerpo.

Djuna era en lugar de la realidad.

¿Esto es real? Eso se preguntaba una voz muy hundida dentro de mí. No, no. No puede ser real. Hace tiempo ya que nada es real.

Djuna era un animal extasiante rearticulándose. Era el magma del propio planeta hecho un nervio tembloroso.

Me quedé viéndola como a un volcán pronto a aniquilarlo todo.

Su cabeza se reclinaba para atrás, como si estuviese poseída. Después volvía en sí, y me miraba tan fuerte que sus ojos empujaban a los míos adentro.

Yo creía que era al revés.

Ella estaba ahí, pajeandose mientras yo la miraba. Si no el acto, al menos mi mirada debería volver su obrar remotamente vergonzante, debería replegarla sobre sí. No sé, yo qué sé. Si yo anduviese desnudo y noto que soy visto, me cubriría y asumiría, también, quizás con la parte más enferma de mí, que estoy en desventaja, que estoy desvalido ante quien me ve desnudo, que esto implica cierta forma de la derrota.

Pero Djuna era una potencia de reversibilidad.

Que ella estuviese con dos dedos dentro de su concha, agitándolos como una desquiciada, gimiendo en silencio mientras yo la observaba, todo esto, sin que yo supiese cómo, le daba un poder atronador sobre mí: me disminuía y me desarmaba.

La desnudez era para Djuna no una vulnerabilidad sino un arma.

Era en la inversión de mi mundo donde me poseía: todo lo que yo creía que sabía no me servía para nada o era el revés de sí mismo.

Djuna me clavó las uñas en la pierna con la mano libre cuando empezó a acabar.

Pudieron ser segundos, pero la eternidad que duró su orgasmo para mí fue como ser abducido por el ojo de un huracán para ser escupido dentro del ojo de un volcán.

Cuando terminó acercó su cara a mi cara, para darme con su respiración agitada contra los ojos.

Yo no tuve ninguna reacción; estaba momificado: soy frente a ella el títere de un titiritero muerto.

Djuna se calmó. Su pecho se agitaba menos, recuperaba cierta normalidad.

En su cara una sonrisa victoriosa de nena que inventa un juego y lo gana.

Después metió los dedos que estaban dentro suyo en mi boca.

Y me besó el cuello.

Estaba loca.

¿Cómo no preferirla antes que a la cordura, que a la salud, que a mí mismo?

¿Cómo no preferirla antes que al mundo?

¿Queda todavía quien pueda escandalizarse por esto?

Nos hemos vuelto inmunes al horror del mundo.

Mi contribución a ese catálogo de espantos es harto modesta.

Sí, Djuna podría haber sido mi hija.

Pero no lo era.

Cualquier cosa puede ser otra cosa.

Pero no lo es.

Yo no tengo hijas. Ni hijos. Ni los voy a tener.

Colaborar con la especie es un acto de megalomanía. Si algo no necesita el mundo es más gente. Ya hay demasiada.

Djuna era la hija de alguien. De un tipo dos o tres años mayor que yo.

Pobre hombre.

Una hija bella, ese es el castigo divino.

O más bien, la ironía de los dioses ausentes.

Un hombre es, casi siempre, buena parte del día, una bestia lasciva. Una bestia simple. Serenado por la civilización, el trabajo, los placeres automáticos, el hombre se reduce a la manipulación de un par de imágenes.

Y se coge a todas las imágenes que puede.

Yo espero a mis enemigos. Tengo paciencia.

Algún día me cogeré a sus hijas.

Imaginariamente.

Entre tanto, anido mis horas junto a las imágenes del demonio que amé.

Me alcanza de sobra para no vivir más mi vida salvo bajo la nostalgia de ese tiempo equivocado, que vuelve a mí como una película en la que fui feliz cuando era chico.